

gicos— un momento de reconciliación con los propios orígenes geográficos, étnicos, culturales. Algunas composiciones podrían resultar incluso en sintonía con la fórmula *engagée* de un Nicolás Guillén o de un Ernesto Cardenal (véase, por ejemplo, *Decepcionada de su esbelta raza* o *Los indios caribes*). Sin embargo, ese reencuentro con lo propio obedece en la poesía de Luque a un movimiento interior de la misma o, en otras palabras, es consecuencia de una búsqueda personal del poeta.

La misma búsqueda y el mismo movimiento lo llevan a encontrar en el jaguar, o sea en un animal exquisitamente americano, la imagen representativa de su rostro más íntimo (véase *Jaguar enamorado*); que a su vez se corresponde perfectamente con el retrato de la amada, esa sublime criatura capaz de guardar un enigma en la zapatilla y de conservar "la costumbre olvidada de andar sobre nubes". O bien lo llevan a descubrir en el bisonte, otro animal exquisitamente americano, destruido por la furia colonizadora del hombre blanco, el símbolo de una auténtica potencia malamente sometida pero, a la vez, nunca completamente aniquilada.

La fuerza agresiva de imágenes como la del bisonte o el jaguar se deben, tal vez, fundamentalmente, a dos razones. En primer lugar, la cultura de Luque viene de lejos y esos elementos, que podríamos definir como de un "americanismo militante", son eficaces precisamente porque no son ni exclusivos ni monótonos. Efectivamente, ellos conviven con símbolos arcaicos del patrimonio universal, como el símbolo del laberinto, presente ya en la poesía de Luque desde sus primeros poemas y reiterado y enriquecido en su último libro. Luque es también, por otra parte, ese viajero y soñador infatigable, ese cosmopolita que testimonian las partes cuarta, quinta y sexta del libro, intituladas respectivamente *Cantos griegos*, *Garabatos de otro mundo* y *Cuaderno ruso*.

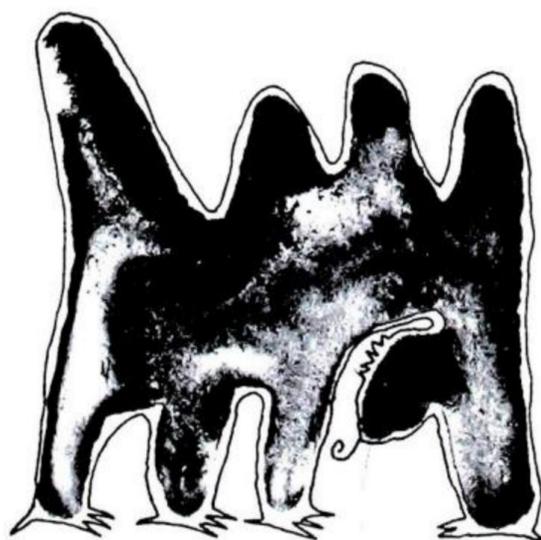
En segundo lugar, la eficacia de las imágenes está alimentada por una especial tendencia visiva, característica de la poesía de Luque. Mientras el ritmo de su lenguaje se ha ido defi-

niendo en su mayor propensión a lo sentencioso, epigramático y parabólico, tanto que por momentos parece derivar de una fuente literaria bíblico-profética, la capacidad evocativa visual ha aumentado hasta volverse decididamente pictórica (por ejemplo, "El sol entró a caballo", "El viento trae una cascabel enroscada a su cuello", "las mariposas se convirtieron en corazones"), naturalmente dentro del código surrealista privilegiado por el autor, llegando incluso a sugerir imágenes pictóricas ya existentes en la memoria artística. Así, la yegua mágica con "los cascos tachonados de estrellas" resulta emparentada con ciertas imágenes del unicornio de Salvador Dalí, el toro que vuela con otras de Chagall, etc.

Pero tal vez donde más cálida y persuasiva se vuelve la voz de Henry Luque es en concomitancia con algunas certezas que, a pesar del aire sentencioso y grave de sus formulaciones, se denuncian en seguida como nacidas de la intuición y del sentimiento, mucho más que de la reflexión. Esas certezas tienen que ver con la urgencia de gozar el instante —milagrosa morada de lo eterno—, con el desdén de lo mundano, con la vocación amorosa y poética, todo lo cual le da la capacidad de llegar al corazón de las cosas:

*Mi pasión es el manojo de violetas
del atardecer,
mi oficio comprender la sed del
viento.*

MARTHA L. CANFIELD



Peregrinaciones de un paisaje interior

Libro de los caminos (1978-1988)

Henry Luque Muñoz

Fundación Simón y Lola Guberek, Santafé de Bogotá, 1991.

Contrariamente a lo que su título parece predicar, *Libro de los caminos* no es un texto de parajes, bosques y rutas nacionales, ni tiene la intención de ser una guía topográfica en el mejor sentido de la palabra. En todo caso se trata más bien de un mapa interior, de recodos anímicos, y de un anecdotario de las pasiones, de las estirpes y de los tatuajes, de las vivencias y de los paisajes personales de un poeta cuyo primer libro, *Sol cuello cortado*, se publicó en 1973. Desde allí el trayecto recorrido ha sido vertiginoso y de una maduración sorprendente.

Cuando la poesía se traduce desnuda, la impresión que deja en el lector relampaguea de una manera diferente, definitivamente honda, en reformulaciones de síntesis verbal y en fantasías inesperadas que mantienen la tensión del texto. De ahí que la escritura, más que cantar los paisajes interiores del poeta, encanta también el entorno en pura instantaneidad imaginadora. Ya sea desde un tono crítico o confesional, en el que el lenguaje revela las posibilidades líricas de las antítesis y del juego metafórico, sin artificios de alambiques, para lograr la justeza del poema. De ahí que se proponga hacer de la experiencia una combinación de imágenes, y de la imagen la emanación de la experiencia, donde la estructura va precisada a través de la eufonía y la austeridad conceptual. En ese aspecto, *El abecedario de los olvidados*, con el que abre el Libro Primero, deja la impresión de crónicas, o más bien de viñetas cuya ironía asume un cuadro de la época o la maduración aforística de la realidad. Ahí hay un retablo crítico francamente corrosivo, desmitificante, limpio en su cotidianidad. Esta circunstancia sitúa al poeta en la mejor de las posibilidades de materialización lírica que lo inscribe en la vertiente del realismo

artístico, sin retórica y sin falsificación estética. En ese terreno, es bueno remitirse al poema que empieza diciendo: "La cobra fue orgullo de Shiva, poderoso dios". Quizá se sintetice en él gran parte de aquella ironía que aborda *Libro de los caminos*.

Si, como quería Baudelaire, "la poesía es una rara flor para ser olida en la religión de la soledad", estas páginas intensas de Luque Muñoz dejan una sensación de intimidad, al mismo tiempo que cifran un destino jubiloso y entrañable en su propia musicalidad.

Yo no sé si, como quería Homero, los dioses hicieron las guerras para que los hombres tuvieran un motivo para cantar sus desdichas; pero sí sé que la piedra de toque del corazón humano viola a veces los sentimientos más íntimos de quien se predispone a ser contemplador en el universo de la poesía. Y es en ese sentido, lo sé, que Luque Muñoz ha trazado una escritura desmitificante, que habla de las costumbres lejanas de otros hombres, de los encuentros del amor, de la mitología viviente y de las memorias que suelen ser el paso previo de una fantaseadora visión de la realidad. De esa realidad, eso es, en donde la intimidad de la imagen recuerda un encuadre filmico de Buñuel.

Y otra cosa que llama la atención, es que se trata de una escritura exenta de jardinería literaria. Sí, en cambio, hay reflexión sobre lo literario, los paisajes griegos y una mitología en combustión que ayuda a desmitificar el texto. La historia, la corrosión de los tiempos, es apenas un itinerario. Y aquí vale la pena tener en cuenta otro de los poemas de este libro, *Historia verdadera*, donde se conjugan los destinos, las catástrofes y el verdadero sentido de la poesía; es decir, en su extraña vocación. ¿No es esa su dinámica?

Es en esa vocación, acaso, donde el poeta encontrará más tarde lazos de identidad con el viejo pasado ruso. En ese lienzo se descubren, como iconos vivientes, las figuras dramáticas y premonitorias de una circunstancia en la que se desafían los tiempos. De ahí su resplandor y su diafanidad. Una diafanidad sujeta, claro está, a una confraternidad de estados de ánimo

(como le gustaba decir a Yeats) y que define de una vez por todas el correlato lírico, a través de las épocas distantes. Es el momento en que Maiakovski saluda en señal de aprobación con su sombrero negro, y en el que Pushkin se despide con su pañuelo de monograma desde una vieja estación ferroviaria de la Rusia imperial.

MANUEL RUANO

Te pregunto, Henry, ¿qué has hecho con el vuelo de los años?

Libro de los caminos (1978-1988)

Henry Luque Muñoz

Fundación Simón y Lola Guberek, Bogotá, 1991, 185 págs.

Son varias, y bien sabidas, las imágenes empleadas para representar lo que sucede al entrar en contacto con los libros; de todas ellas, Henry Luque eligió la del camino para dar título a su último poemario, *Libro de los caminos*, que reúne el producto de diez años de trabajo.

Lo primero que llama la atención al emprender este camino es la extensión de su recorrido: atreverse a publicar un libro de 120 poemas entraña la voluntad de tender una red de comunicación poética tan vasta como la troncal de la Caracas o el metro de Medellín. Sin embargo, ya que estamos jugando con los números, al considerar que los 120 poemas fueron escritos durante diez años, podríamos

calcular que el autor marchaba a razón de un poema mensual, promedio que no resulta extremadamente excesivo.

Advertida la amplitud del itinerario que ha de seguirse, encontramos seis libros que encaminan los 120 poemas; el libro primero, "Abecedario de los olvidados", aspira a cierta condición de marginalidad; "El verde trazo de la espesura", título del libro segundo, basta para advertir de su geografía; "Papeles de amor" es el subtítulo del libro tercero; "Cantos griegos", es el más aceptable de todos; el libro quinto, "Garabatos de otro mundo", es una especie de pasaporte al mundo con Henry Luque, y "Cuaderno ruso" es una colección de epígrafes con acotaciones versificadas del autor.

Como podrá apreciarse, estamos ante un proyecto ambicioso: este *Libro de los caminos* pretende recorrer casi todos los ámbitos de la poesía occidental de los últimos siglos, partiendo del amor y la naturaleza, pasando por el espíritu cosmopolita y la conciencia de marginalidad, hasta una recreación del imaginario clásico y digresiones sobre lecturas exclusivas del autor. Lástima que, como dicen, la ambición rompe el saco, y lo que se le rompió a Henry fue su libro, con todo y caminos.

II

Dada la economía verbal que la caracteriza, una de las cosas que uno espera de la poesía es que sea certera. Los poemas no sólo deben ser más exactos que extractos bancarios, sino que, a diferencia de ellos, ceñidos todos al rasero de la contabilidad, cada poema debe establecer leyes propias que lo funden. Insistir en precisar esto, además de inefable, es inoficioso, pero

